

JESÚS MANUEL SUBERO (*)

Iván Gómez León

iegomezleon@gmail.com

Premio Nacional de Historia 2021

Cronista del Municipio Gómez

En 1964 inicié mis estudios universitarios en la Escuela de Historia de la Universidad Central de Venezuela, Caracas. En el primer lapso vacacional regresé a mi casa familiar de Porlamar -Calle Gómez N° 17- y mi inicial impulso fue dirigirme a Pampatar a conocer y saludar al Maestro Subero, quien, además, se dedicaba a estudiar temas de historia regional y había publicado algunas obras.

Ya en su casa de habitación, donde la sala principal estaba ocupada por una amplia y nutrida biblioteca, simplemente le dije: -Maestro, vengo a informarle que hace dos meses comencé a estudiar en la Escuela de Historia de la Universidad Central. Me aprobaron una beca de residencia y una beca de comedor, indispensables para poder continuar y culminar.

Los ojos del Maestro se iluminaron, de sus labios brotó una discreta sonrisa y, luego, me dio un fuerte abrazo. Lo que sucedió después de aquel momento fue una celebración que se prolongó por muchos años. En horas del mediodía nos despedimos y yo regresé a Porlamar cargado de libros, revistas y periódicos, que debería leer y revisar en el resto de mi período vacacional. Y así ocurrió, más o menos igual, durante los años siguientes hasta octubre de 1969, cuando tuvo lugar el Acto Académico en el Aula Magna de la universidad caraqueña.

Los comienzos de mi ejercicio profesional fueron muy traumáticos: docente en las escuelas de Administración y Periodismo de la Universidad

Central por un semestre y, al final, renuncié. En liceos privados, donde nunca me cancelaron ni una quincena. Decidí entonces trasladarme de nuevo a Margarita con la ilusión de trabajar en el Liceo Nueva Esparta, de Porlamar, donde había obtenido el título de Bachiller en Humanidades en 1964, pero no resultaron positivas todas las gestiones que realicé. Pensé, entonces, en explorar posibilidades en algún estado cercano y, por cuestiones sólo explicables por la buena suerte y a circunstancias excepcionales, el Gerente de la empresa ENSAL, de Araya, Estado Sucre, Ingeniero Rafael Cayama, en la reunión con docentes aspirantes a ingresar al Instituto “Araya”, en un segundo mágico, expresó ante todos: “El Licenciado Iván Gómez será el director del Instituto”. El único graduado era yo. Un año de ricas experiencias que me sirvieron para fortalecer las bases de mi perfil docente. Allá, en aquel rincón de la tierra sucrense, descubrí que de ahora en adelante me correspondería pulir aún más mi formación académica para convertirme en un docente ejemplar.

Al Maestro Subero podíamos identificarlo desde la distancia porque, a diferencia de todos, siempre vestía de flux y corbata negros. Según me enteré después, empezó a vestirse de luto a raíz del fallecimiento de su único hijo, que también se llamó Jesús, pero entre los margariteños era “Chuító el de Subero”.

Pero aquel día, por primera vez, vi al Maestro caminando por las playas de Pampatar, vestido con un rústico pantalón marrón, una franela blanca y calzando alpargatas. Sería, quizás, el presagio de lo que me iba a suceder. Yo disfrutaba tranquilamente en la playa con mi esposa Ana María. Al verlo a lo lejos, inmediatamente me dispuse a saludarlo y luego de las palabras cordiales y afectuosas, el Maestro me hizo la siguiente pregunta: -“Iván, ¿tú quieres venirte a trabajar a Margarita? Voy a dejar el cargo que desempeño en la Universidad de Oriente”. Mi respuesta, así, aún sin salir de la sorpresa que me causó, fue: -“Eso no se pregunta Maestro. Claro que sí.” Sin mayores problemas, a la vuelta de unos quince días,

estaba yo ejerciendo el importante cargo de Delegado de Extensión Cultural del Núcleo de Nueva Esparta de la Universidad de Oriente, en el cual permanecí por cuatro años, hasta 1974.

Para mi formación profesional y mi dedicación al estudio de la historia regional, estos cuatro años fueron la clave. Subero, a pesar de que había renunciado a su cargo, siguió asistiendo diariamente a la oficina, que primero funcionó en el Mercado Artesanal, junto con la oficina de la Dirección del Núcleo Universitario ejercida por el Profesor Jesús Rojas Velásquez y el Centro de Investigaciones Científicas, bajo la coordinación del Dr. Fernando Cervigón, cercanías del hotel Bella Vista de Porlamar, y luego en la Quinta “Palguarime”, ubicada en la calle Guevara de Porlamar, frente al Colegio “Nuestra Señora del Valle”. Allí redactaba y enviaba a la prensa sus artículos y preparaba sus libros, cuyos originales salían de allí listos para la imprenta. Fueron la clave, he dicho, porque en un primer momento de receso me planteó la necesidad de darle continuidad a su obra, pero para ello debía dedicarme a estudiar de manera ordenada y planificada. –“El lunes te entrego el libro recomendado y el viernes lo discutimos”. Y este ritual lo cumplimos casi religiosamente por cuatro años, lapso en el cual, además, me motivó a redactar artículos y notas para la prensa regional, que antes de enviarlos al periódico, eran leídos y corregidos, si era necesario, con un lápiz de tinta roja.

Mi infinito amor por la tierra margariteña y su pueblo tienen sembradas sus raíces más profundas en aquellos diálogos sostenidos con el Maestro y en el cumplimiento estricto de sus sabias instrucciones que deberían orientar mis lecturas: Primero, sobre el conocimiento de la biografía del autor; segundo, el contenido de la obra y su comprensión y detalles observados; cuarto, una opinión personal; quinto, utilidad en los tiempos actuales. Siguiendo una pauta variable, fuimos revisando la bibliografía neoespartana, aderezada con las vivencias, experiencias y recuerdos del Maestro. Al poco tiempo empezaron a resultarme familiares

Francisco Javier Yanes, Mariano de Briceño, Gaspar Marcano, Napoleón Narváez...

El historiador se identifica plena e íntegramente con su área de estudio. La tierra y el hombre que la habita son poseedores de una dignidad que todos, sin excepción, deben respetar. La función esencial del historiador no es nada más que escribir y escribir. Debe hacerlo con un propósito: contribuir a crear una conciencia social responsable. Por eso, si su pueblo es agredido, el historiador es el primero que debe acudir en su defensa y aprovechar la ocasión que se le brinda para educarlo y fortalecerlo en la lucha por su dignidad. El conocimiento histórico es un arma extraordinaria que, en manos de un pueblo educado, sabrá disparar con acierto contra sus verdaderos enemigos. La historia y el historiador deben ir siempre por los mismos caminos que transita el pueblo. Estudiaremos siempre, todos los días, si en verdad deseamos construir obra perdurable... Son algunas de las fundamentales enseñanzas que obtuve en tan amenos encuentros.

De allí que cuando el Maestro Subero fue electo Miembro Correspondiente de la Academia Nacional de la Historia, su Discurso de Incorporación se centró en denunciar la mediocridad de la historiografía tradicional venezolana al pretender ignorar el aporte regional en la construcción de una visión integral del país:

“La historia de Venezuela, en general, está referida a individualidades. Los pueblos, como tales, cuentan, cuando por ellos trota el caballo del caudillo, o cuando a sus costas arriba el barco que lo conduce. Poco o nada se analiza la contribución de los pueblos de la provincia en la forja de la nacionalidad. Referida en particular a la Isla de Margarita, nuestra historia la toma en cuenta para citarla a la ligera, cuando Manuel Plácido Maneiro firma el Acta de la Independencia; por las persecuciones de Pascual

Martínez; por el arribo de Morillo el año 1815; en las dos oportunidades, el año 1816, cuando el Libertador la visitara procedente de Haití, y por último, en 1817 porque Morillo, ensoberbecido, vuelve a ella con intención de cobrarle a 'la isla pérfida' su irrenunciable condición de tierra libre. Pero nada se dice de su insistente lucha, de la actitud de sus mujeres, de sus hombres y aún de los niños. Porque en Margarita se daba el nada común caso de que marcharan al frente de combate el padre, a cuyo lado iba el hijo, y cerca de ellos el nieto que les llevaba las provisiones de boca enviadas por las mujeres. Estas, unas veces iban de pesca, como cultivaban los huertos, o se trasladaban al frente a animar con su presencia a los soldados para que se dieran aún más en la lucha por la patria. Pareciera que solamente lo militar cuenta y que los eficaces hechos de la paz en una Isla de por sí pacífica, constituyeran espacios marginales sin voz ni vida, muertos para el acontecer historiográfico.

“No sabemos hasta dónde esta historia de individualidades y batallas ha sido la causa y el efecto de los caudillos que años tras años ensangrentaron a Venezuela con estériles luchas que enfrentaban feamente hermano contra hermano.

“Todavía hoy los pueblos no aprenden a reflexionar el ideario contenido en las plataformas doctrinarias de los partidos políticos sino que aplauden o condenan seducidos por el arrastre transitorio de los líderes. Aún hablamos de 'fenómenos' en nuestros políticos y no nos referimos a la eficacia de las fórmulas que asoman para la solución de los ingentes problemas del país entrañable.

“Para nadie es un secreto que somos producto de la cultura de ayer y que esto condiciona nuestro futuro. Pero, ¿estamos aprovechando la lección de la historia para vivir en presente tomando previsiones de futuro? ¿Está nuestra historiografía poniéndose al servicio de estas inquietudes o seguimos aún con una historia heroica y contemplativa, que en mucho no

satisface ni cumple con su ineludible deber social? ¿Hasta dónde los historiadores somos culpables del entronizamiento en la vida nacional de los nuevos módulos de pensamiento exótico que vienen minando nuestras costumbres y, consecuentemente, haciéndonos perder nuestra particular fisonomía nacional?”

Para concluir de esta manera:

“Permítanme insistir en la necesidad de que se estimule la publicación de monografías regionales. Se hace necesario y urgente salvar lo que aún resta de los descuidados y saqueados archivos regionales. De rescatar lo que aún no se ha olvidado del rico acervo de nuestras tradiciones. Divulgar nuestra historia por los variados medios modernos de comunicación de masas. **Hagamos cuanto esté a nuestro alcance por buscar que se opere el cambio de una historia solo para especialistas, por una historia objetivada hacia el pueblo. Porque él fue quien esencialmente hizo la historia de Venezuela y la historia de Venezuela debe volver al pueblo que la hizo.**” (Destacado nuestro).

Jesús Manuel Subero: **Porlamar, glosa para la historia de una ciudad marina.** Porlamar, Gráficas Internacional, 1986, pp. 13-14 y 19).

Y cuando publicó su libro titulado **El Valle de San Juan** (1981), expresó en el Prólogo que tituló **Palabras Testimoniales**: “Estas son algunas de las pinceladas históricas del Valle de San Juan. Tenemos plena conciencia de que las hemos escrito en un grave momento para la vida de Margarita. Estamos ante dos alternativas: o conservamos nuestra categoría de pueblo, que debe ser la evidente, o nos entregamos cobardemente en manos de los fenicios de última hora, que nos están conquistando para convertirnos en una nueva colonia, que satisfaga sus ansias de explotación insaciable. Al crear una conciencia de pueblo, será una afrenta a nuestra dignidad, el aviso que se levanta en el aeropuerto de Porlamar, donde

irrespetuosamente, un club de créditos anuncia: “Afortunado el hombre que con su firma ‘conquista’ una isla”. Que esa isla que se conquista con un cheque, no sea por nunca jamás la Isla de Margarita. O aquel otro que apareció en un periódico: “En Margarita se vende todo”. Es decir, que aquí se vende cuanto se importa para ofrecer al visitante y además se vende la tierra, la casa, el bote del pescador, la red, la atarraya, la gallina, el crisol del joyero, el cogollo del datilero, el barro del alfarero, el telar de la tejedora, el pilón, la pluma del escritor, el catre de la abuela, la fe, el arte del creador, la obra del pensador, el honor, la dignidad, el decoro, la historia, el tiempo, la casa de Arismendi, la de Gómez, el Castillo San Carlos, el Santa Rosa, los luceros, el mar, los canales de la Restinga, el vuelo de las gaviotas, la sangre que tiñó la Laguna de los Mártires. Es decir, que somos un pueblo que ya conoce el día del Apocalipsis y vende cuanto tiene, para entregarse al goce desenfrenado de los placeres de sus últimos momentos. Eso sería la absoluta negación de la historia de una Margarita de la cual nos sentimos honrados y orgullosos. Yo os digo con mi querido hermano Efraín, adolorido, atormentado y unánimemente agónico, ante la realidad que quiere hundirnos, que “la inteligencia margariteña tiene que rebelarse y denunciar; pero tiene que hacer más, tiene que hacer mucho más: estremecer a este pueblo y enrumbarlo hacia un destino digno y verdadero bien distinto del que hoy se vislumbra.”

Siguiendo sus pasos, ejemplo y enseñanzas en el año 1974 escribí un trabajo acerca de la gravísima situación que atravesaba el patrimonio arqueológico e histórico de la región y, luego del análisis de su contenido, fue presentado en nombre de la Federación de Centros Culturales por el Maestro Subero, su Miembro Fraternal y Presidente del Centro Bolivariano del Estado Nueva Esparta, ante la Asamblea Nacional Bolivariana efectuada en Cumaná los últimos días del mes de octubre. A estos efectos el título seleccionado fue “El Estado Nueva Esparta y su Patrimonio Arqueológico, Histórico y Artístico”. Una versión corregida y ampliada y con el título de **Expediente a la cultura margariteña. (El problema del**

patrimonio arqueológico e histórico), fue presentada en el Seminario “Problemática socio-cultural de la Isla de Margarita”, que bajo los auspicios de la Federación de Centros Culturales de Nueva Esparta fue efectuado en la Sociedad Pro-La Guardia el 19 de abril de 1975. De igual manera, **Turismo y Cultura: el caso de la Isla de Margarita**, presentado en las Primeras Jornadas de Geografía y Turismo del Colegio Universitario de Carúpano, efectuadas durante los días 28, 29 y 30 de agosto de 1975, incluido, posteriormente, en una obra colectiva titulada **Vigencia del hombre en la defensa ambiental**, preparada por el Profesor Celestino Flores y publicada por la Universidad de Oriente.

Una mención especial merece el libro que titulé **Cubagua: un llamado a la conciencia nacional**, publicado en el año 1991. Un buen día, leyendo la prensa de circulación nacional, me enteré que la isla de Cubagua había sido objeto de venta por la Alcaldía y el Concejo Municipal del Municipio Tubores al empresario Enrique Delfino. La tramitación había sido cumplida legalmente y el contrato de comodato firmado por las partes involucradas, establecía una duración de cien años, una negociación por siete mil quinientos millones de dólares y el compromiso de construir un fastuoso proyecto turístico que sería ofertado por parcelas en el mercado capitalista mundial. “-Es este un atentado contra la soberanía nacional”, me dije. Con este impulso rebelde me trasladé a la isla de Margarita (me desempeñaba como docente en el Colegio Universitario de Carúpano), me entrevisté con dirigentes políticos y demás y no conseguí ningún apoyo a mis planteamientos contrarios a tan nefasta negociación. Mi “olfato docente” me hizo trasladar a Guatamare, a la sede de la Universidad de Oriente, y sostuve una entrevista con los dirigentes estudiantiles de la FCU. Recibí su solidaridad y el compromiso de iniciar una campaña regional para impedir se consumara tan grave delito. En mi primera charla informativa los estudiantes me solicitaron un material de lectura donde se explicara el problema. Me dispuse a hacerlo a la brevedad y logré confeccionar el argumento histórico y político. Lo publiqué con el título de **Cubagua: un**

llamado a la conciencia nacional, para darle una mayor proyección al tema, que hasta ese momento estaba circunscrito al Estado Nueva Esparta. Mi libro se convirtió en la bandera de lucha de un movimiento nacional con implicaciones internacionales en la defensa de una pequeña isla, que muchos desconocían, pero que prendió en el alma colectiva hasta lograr la derrota de los intereses transnacionales que ya se disponían a arrebatarnos otro pedazo de nuestro patrimonio territorial.

Aquí el conocimiento histórico se transformó en arma de lucha. Aquí vi más claramente, pude comprobarlo, que para nosotros la historia tiene un gran potencial revolucionario.

Cubagua: un llamado a la conciencia nacional, así también lo comprendí, es el mayor homenaje que he podido hacerle al Maestro Jesús Manuel Subero.

Por todas estas razones, cuando Subero cumplió 78 años, no vacilé en compartir con todos los escritores que se dieron cita para homenajearlo, leer en su presencia un breve pero sentido texto que le escribí a manera de rendición de cuentas, texto publicado posteriormente en la revista **Margariteñerías**, Segunda Etapa, N° 3, mayo-junio de 2000:

“El perfil de nuestra práctica profesional es resultado, en buena medida, además de la capacitación que logramos adquirir, de la influencia que ejercen en nuestra formación intelectual los más diversos textos y los dignos ejemplos que se convirtieron luego en paradigmas, en guías para la acción cotidiana.

“En nuestro caso, la formación académica y el dominio de los rudimentos de la práctica docente y de la investigación científica, los obtuvimos en las aulas universitarias, cargados de un profundo sentido ético, de responsabilidad, de honestidad, de disciplina, de cumplimiento

cabal de las funciones profesionales para las cuales fuimos formados con esmero por parte de distinguidos y apreciados profesores.

“Pero, y esto es lo que quiero destacar ahora, el amor por el terruño, el estudio crítico de su proceso histórico y la contribución de nuestros valores humanos a la cultura nacional, la necesidad de mantener en los tiempos actuales una consecuente actitud de defensa de nuestro patrimonio cultural, histórico y natural, se lo debo al Profesor, mejor dicho, al Maestro de maestros Jesús Manuel Subero.

“En mis primeros y vacilantes pasos, que ni siquiera marcaban huellas en la arena de mis playas, tuvo lugar aquel encuentro feliz que marcó definitivamente el rumbo de mi labor docente, investigativa y extensionista.

“Bajo la tutela de su humilde sabiduría tuvo lugar entonces -hace ya unos 28 años- el abrazo del joven inquieto, buceador de horizontes, atormentada búsqueda de un lugar para la lucha y el combate esclarecedor, con la palabra certera y la mano amiga, que en infinitas ocasiones nos entregara el libro oportuno que da respuestas a las interrogantes y su ingrediente complementario: el diálogo fraterno y la asesoría franca, leal y sincera.

“En esta misma línea de reflexión, pudiéramos preguntarnos ¿cuántos de nosotros hemos sido beneficiarios del rectilíneo magisterio de Jesús Manuel Subero, esa gigantesca, inmensa voluntad, que comenzó en un aula, trascendió la escuela, dignificó el papel de la prensa, se convirtió en texto de lectura obligatoria y sentó cátedra en los más diversos escenarios?

“Me enorgullece expresar aquí y ante la presencia del Maestro, interpretando un sentimiento que deberá hacerse colectivo, que en lo que a mí respecta, toda esta carga espiritual es el más grande tesoro que puedo

exhibir, ratificándole el compromiso de continuar transitando por el sendero trazado por su obra y ejemplo, que no es más que la lucha perseverante con la pluma y con el alma, por la dignidad de nuestra gente.”

Subero fue el Maestro que más influyó en mi preparación intelectual. Le seré siempre leal, hasta el fin de mis días.

(*) De mi obra inédita (en proceso final de elaboración) titulada: ***Mi palabra desnuda frente al espejo del tiempo. (Escrito de Memoria).***

Santa Ana del Norte, miércoles 18 de mayo 2022.